La matanza

Más allá de la crueldad, la corrida de toros como diversión es ante todo un espectáculo rancio y anacrónico, que ya no está a la altura de los tiempos, según el concepto utilizado por Ortega para expresar unas ideas, creencias y hábitos, que no se corresponden con el espíritu moderno. La fiesta taurina es el residuo de un costumbrismo chungo, que ha pervivido hasta hoy arrastrando desde el fondo del siglo XIX toda la *caspa* española consolidada.

En este sentido, la Feria de San Isidro solo es compatible con los escaparates galdosianos del viejo Madrid donde aún se exponen bragueros y suspensorios de estameña, lavativas y aparatos ortopédicos que ya nadie usa. Pese a que ahora para parecer modernos en los carteles de la feria se exhiben toreros con el torso desnudo lleno de tatuajes como esos metrosexuales, que anuncian perfumes o calzoncillos en las vallas, lo cierto es que este sangriento jolgorio llamado fiesta nacional tiene un sabor a caldo revenido cuya estética es consustancial al tiempo de las cataplasmas, del permanganato, de los calzones largos de felpa, del orinal bajo la cama o de aquel colchón de borra que los aficionados menesterosos llevaban a la casa de empeños para ver Lagartijo. Esta costumbre de acuchillar toros en público con mayor o menor destreza está en plena decadencia, pero aún recibe el aliento de la derecha castiza que la ha declarado bien de interés cultural como una prueba más de la putrefacción política en que vivimos. El hecho de que unos ministros del Partido Popular canten con fervor *Soy el novio de la muerte* al paso de la procesión de un Cristo muerto llevado por brazos legionarios no es muy distinto a que, después de una sarta de puyazos, estocadas y descabellos, se aplauda con entusiasmo desde una barrera de Las Ventas a un toro ensangrentado, que se llevan al desolladero las mulillas.

(M. Vicent, *El País*, 13 de mayo de 2018)